

Psicología infantil y fonética

ó sea la psicología del alfabeto humano



Sus consonancias con el alfabeto de la naturaleza

Primeras sensaciones del niño

¿Hay medios hábiles para sorprender las primeras sensaciones del niño, el orden en que se suceden, sus gritos interjectivos y sorprender también los agentes exteriores que determinaron su producción?

Tal empresa parece á primera vista irrealizable y así pensará la mayoría de los lectores, atemperándose de este modo á la opinión común; pero sucede aquí lo que sucede con otros problemas lingüísticos, esto es, que lo que parece más obscuro y difícil, resulta ser lo más claro y sencillo del mundo; remitámonos á las pruebas.

La vida, según la definición que de ella dió Cuvier, y nosotros asentimos con su opinión, es la capacidad de asimilar los elementos extremos á la materia permanente. Linneo en su clasificación, dice á su vez, que el animal tiene de común con el vegetal el que ambos á dos viven; esto es, ambos á dos poseen la facultad de asimilar la materia exterior á su propia materia, que es, según la definición de Cuvier, lo que constituye la vida; pero difieren entre sí en que el vegetal no siente la vida, esto es, no siente aquella asimilación ó compenetración de la materia

exterior en su propia materia; por el contrario, el animal siente la vida, esto es, siente aquella asimilación ó compenetración de la materia exterior en su propia materia.

De que se sigue que la sensación de la vida y de la materia en que la vida encarna en la característica fundamental que distingue y separa al animal del vegetal y la vida sensitiva de la vida vegetaria, esto es, aquella sensación de que ningún animal puede carecer, si ha de merecer tal nombre, y la primera, por consiguiente, que se produce en todos los animales sin distinción, cualquiera que sea su categoría. Luego, esta sensación es también y debe de ser, la primera que se produce en el hombre.

Y en efecto, apenas el niño sale á luz siente la presencia y la cornpenetración de la vida universal activa y de la materia en que encarna también activa, en su propia vida y en su propia materia igualmente activas y al sentir esta compenetración despiértase en su alma una sensación y prodúcese en su aparato fonético una interjección ó nota musical, que emanada de la materia universal y activa penetró en su pecho con la primera inspiración, ó sea, con el soplo del universo, para ser emitida al exterior con la primera espiración ó soplo propio. Y esta interjección ó nota musical que señala la entrada del niño en las funciones sensitivas y respiratorias, y la característica además de la primera sensación humana, es precisamente la vocal *a*, primera letra del alfabeto humano y el grito que se oye en el primer llanto de la criatura, pero la onomatopeya también el eco y la repercusión de otro sonido *a*, que según la filosofía del lenguaje percibió el alma del niño en la materia universal, que es en el caso presente la cosa sentida.

Apelamos en prueba de ello al testimonio de los lingüistas, los que á una voz nos dicen que la vocal *a*, primera letra del alfabeto, es en el lenguaje humano la onomatopeya de la respiración y del soplo respiratorio.

Véase á este propósito lo que dice nuestro Sánchez Calvo en su obra lingüística, Los nombres de los dioses, menos apreciada y conocida de lo que debiera, y partidario acérrimo de las doctrinas de Humboldt y de su maestro é inspirador nuestro antecesor Astarloa. «Las onomatopeyas de la respiración, dice, son *ah*, *aj*, *ja*, *yah*, *au*, *aph*, *am*, *an*, *as*, *ast*, *ash*, *at*, *att* y cita en su apoyo entre otras voces las siguientes:

Euzkara: *atz* (respiración); *arnaza*, *az-naza* (respiración); *az-*

bená (suspiro) y literalmente respiración ó aliento lo más hondo y profundo: *ben* lo más hondo y profundo); *atz-en* (respiración ó aliento supremo, último), superlativo de *atz* (respiración): *atz-bide* (laringe y literalmente vía ó camino de la respiración), *bide* (camino, vía. conducto): Alemán; *athem* (soplo): Hebreo; *aph*, *au* (suspiro); *an-i* (ser); *ja-haph* (ser ahogado); *ha-jah* (vivir, llegar á ser y el alma y la vida): Griego; *au*, *auo* (soplar y en vascuence *au*, *aua* (la boca); *ay-ou* (la duración de la vida): Francés; *ha-lein* (el aliento: Latín, *halitus*, castellano (aliento), etc.

Dícenos además el lingüista que *aa* es un grito de alegría en todos los pueblos de la tierra, y la psicología por su parte confirma esta opinión diciéndonos que el alma humana, sustancia incompleta, al sentirse vivificada en la materia de su cuerpo no pudo sustraerse á un movimiento de *alegría interior*, hallándose esta verdad tan grabada en la conciencia humana que suponemos en nuestra imaginación que Dios mismo al formar al hombre y completar la creación quedó satisfecho de su obra.

La fisiología por su parte nos dice que la alegría y demás pasiones placenteras lo mismo que un calor benéfico y suave actúan sobre nuestro organismo provocando el fenómeno dicha *dilatación*, que sin dejar de ser el mismo en el fondo produce, sin embargo, efectos distintos según sea la naturaleza de los órganos que son el asiento de dicho fenómeno.

Pero añade que estos efectos, por variados que sean, concurren todos á un fin común, esto es, á despertar las energías de la vida, estimular la vitalidad de nuestros Órganos, facilitar el buen desempeño de sus funciones y últimamente á despertar en el sujeto un sentimiento de bienestar y de *amplitud de vida* que no es en el fondo otra cosa que la intuición secreta que abriga nuestro organismo de los fenómenos físico-vitales que en él se operan y de los cuales nos informa el fisiólogo.

Por nuestra parte diremos tan sólo que bajo la influencia de aquel sentimiento lo mismo que bajo la influencia de un calor benéfico y suave, la cavidad de nuestro pecho se abre y se dilata, los pulmones se ensanchan, la laringe, tráquea, bronquios y demás conductos respiratorios se abren á su vez, se ensanchan y dilatan hasta su máximo de capacidad; la columna de aire que por ellos pasa lo mismo para la respiración que para la emisión de nuestros sonidos lanzada con vigor por

el estímulo fisiológico de que son asiento todos nuestros órganos se ensancha á su vez, se distiende y dilata hasta llenar con su presencia las anchas aberturas de aquellos conductos dilatados hasta su máximo.

Así es que en estas condiciones la respiración es amplia y libre y la palabra brota de nuestros labios con entera libertad, fácil y segura, robusta y fuerte, expansiva, extensa y llena y adquiere de este modo todos y cada uno de los caracteres que distinguen á la vocal *a*, que es entre los gritos humanos el más fácil y seguro, el más fuerte y robusto, el más extenso, sonoro y lleno aquél que se oye á mayor distancia, y últimamente el solo y el único que profiere el hombre dotado de salud y poseído de la alegría de la vida. En una palabra, la vocal *a* es la onomatopeya de la respiración *atz* en el sujeto sano.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará.)



Psicología infantil y fonética

ó sea la psicología del alfabeto humano



Sus consonancias con el alfabeto de la naturaleza

Primeras sensaciones del niño

Agréguese á lo dicho que el aire atmosférico en virtud de su alta presión y de su mismo peso entra fácilmente y sin obstáculos en el débil pecho del recién nacido, abre esta cavidad, ensancha sus pulmones, abre, distiende y dilata la laringe, traquea, bronquios, etc., lo mismo que en el caso anterior; por otra parte, el oxígeno vivificante al ponerse en contacto con la sangre del recién nacido despierta á su vez las energías de la vida, estimula la vitalidad de los órganos, facilita el buen desempeño de sus funciones, etc., produce, en fin, los mismos efectos que la alegría de la vida.

Y como causas análogas producen efectos también análogos tendremos que todo se auna para probarnos que la vocal *a* es en efecto el sonido que se produce en el pecho del recién nacido. Mas recuérdese que en la filosofía del lenguaje este sonido es la onomatopeya, el eco y la repercusión de otro sonido *a* que el alma del niño percibió en la materia universal y activa y penetró en su pecho con la primera inspiración ó sople del universo, para ser emitido al exterior con la primera espiración ó sople propio.

A esto alude sin duda la Sagrada Escritura en el siguiente pasaje

«Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae et factus est homo in anima viventi» y alentó Dios por la nariz soplo de vida y fué el hombre en alma viviente.

Por donde se vé que hemos logrado sorprender la primera sensación humana que es, sea dicho con perdón de los lectores, la alegría de la vida y sorprender también su grito interjetivo la vocal *a* y últimamente sorprender así mismo el agente exterior que determinó su producción, que es la materia universal y activa. Y como los gritos interjetivos sean en el lenguaje del hombre las onomatopeyas características de las sensaciones de que son expresión é imagen y las onomatopeyas también características de los agentes exteriores que determinaron su producción y que en la filosofía del lenguaje son otros tantos sonidos tendremos:

Que la primera letra del alfabeto humano la vocal *a*, es el lenguaje del hombre, la onomatopeya, la expresión y la imagen de la alegría de la vida, primera sensación humana y la onomatopeya, la expresión y la imagen de la materia universal activa que es por su parte, la primera letra del alfabeto de la naturaleza. Lo que prueba la existencia de las consonancias de que hemos hablado entre el lenguaje del hombre y la naturaleza creada que es el lenguaje hablado de Dios.

Cuando el recién nacido es hembra, siente ésta en el momento de nacer y en consonancia con su organismo la presencia y la compenetración de la vida universal pasiva y reproductiva y de la materia también pasiva en que encarna, en su propia vida, pasiva á su vez y reproductiva y en su propia materia también pasiva y reproductiva. Y al sentir esta compenetración despiértase en su alma una sensación, la alegría de la vida pasiva y reproductiva ó sea el amor y prodúcese en su aparato fonético una interjección ó nota musical la vocal *e*, onomatopeya, eco y repercusión de otro sonido *e* que el alma de la niña percibió en la materia universal pasiva y penetró en su pecho con la primera inspiración para ser emitida al exterior y al punto de su partida con la primera espiración ó soplo propio.

Y como los gritos interjetivos son en el lenguaje humano las onomatopeyas características de las sensaciones de que son expresión é imagen y las onomatopeyas características de los agentes exteriores que determinaron su producción tendremos:

Que la segunda letra del alfabeto humano, la vocal *e*, es la onomatopeya, la expresión y la imagen de la alegría de la vida reproductiva,

ó sea el amor que es en el orden lógico y natural la segunda sensación humana: y la onomatopeya también, la expresión y la imagen de la materia pasiva y reproductiva que es por su parte en el mismo orden natural y lógico la segunda letra del alfabeto de la naturaleza.

Y estamos muy distantes del signado que señala a estas dos letras el distinguido filólogo don Julio Cejador, quien por el camino emprendido jamás logrará alcanzar la razón de las funciones de pronombre de tercera persona y de artículo definido, que ha desempeñado la vocal *a*; ni la razón de aquellas otras que desempeñó y desempeña hoy en el vascuence y en muchas otras lenguas como radical del auxiliar activo *au* (haber, tener, poseer); como tampoco podrá alcanzar la razón de las funciones de pluralidad que desempeña la vocal *e*, ni podrá decirnos porqué esta letra es la más suave y armoniosa de las letras del alfabeto y aquella que empleamos siempre que queremos aparecer como agradables á las personas á quienes nos dirigimos. Pero reanudemos el hilo interrumpido de nuestras investigaciones dejando para otra ocasión el discutir sobre esta materia siempre que á ello se preste el sabio y distinguido filólogo á quien entre tanto le recomendamos una lectura más atenta de nuestro libro.

Volviendo pues á nuestras investigaciones añadiremos, que los antiguos más perspicaces que nosotros, sorprendieron mejor y con más seguridad estos dos primeros gritos del recién nacido segun así reza el siguiente dístico latino citado por nuestro Astarloa en su obra la «*Apolo-
logía de la lengua vascongada*» y que copiado á la letra dice así: *Clamabunt a et e, quotquot mas cuntur ab Eva; omnis masculus a, nasceus, e, femina profert*» y lo que este dístico dice se confirma

1.º Por el testimonio de la mujer que distingue el sexo del recién nacido por sólo su grito en *a*, ó en *e*, y la mujer es testigo de mayor excepción en la materia por la perspicacia y la finura de sus sentidos (Astarloa).

2.º Por el testimonio de la lengua que en la Biblia llama al primer hombre *Adam*, con la *a*, y Eva á la primera mujer con la *e*; en el vascuence *ar* al varón con la misma *a*, y *eme* á la hembra con la *e*, en el Nandjour, lengua turaniense *ghagha* al varón, modificación fonética del grito del recién nacido *aa*, aspirado *haha* y guturizado *ghagha*, y *gheghe* á la hembra modificación fonética del grito, *ee* de la recién nacida, aspirado *hehe* y guturizado *gheghe*; *amkha* al suegro y *emkhe* á la suegra; *ama* al padre y *eme* á la madre. Muchas lenguas semíticas

y algunas oceánicas, siguiendo este ejemplo llaman al padre *ama*, con la *a*, *eme* á la madre, con la *e*, desviándose del lenguaje natural en el que *ama* es la madre y *aita* ó *ahta* el padre con la *t*. En el inglés y lenguas germánicas *man*, el hombre, y *mismes* á la mujer ó señora; en el latín *masculus* al macho y *faemina* á la hembra; vivificada ésta última en la euskara *eme* y con el artículo *emi-a*; en el francés *mas-male* al macho y *femme, femelle* á la hembra; en el castellano macho y hembra, etc. En vascuence *arr-eba* (la hermana del hermano), significa literalmente *eba* (la hermana) *arr* (varón), de modo que *eba* tiene en esta voz el mismo signado que la Eva de la Biblia.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará.)



Psicología infantil y fonética

ó sea la psicología del alfabeto humano



Sus consonancias con el alfabeto de la naturaleza **Primeras sensaciones del niño**

(CONTINUACIÓN)

3.º Por nuestro propio testimonio puesto que distinguimos con relativa facilidad la voz del hombre de la voz de la mujer, como distinguimos la voz humana del grito del animal sin parar mientes en que estas distinciones se deben á que el hombre, habla, grita y canta en *a*, mientras que la mujer habla, grita y canta en *e*, de modo que la vocal *a* fuerte y robusta es la característica del varón fuerte y robusto á su vez, mientras que la débil y delicada *e* es la característica de la mujer, suave á su vez y delicada; y ambas á dos *a* y *e* las características que distinguen y separan la voz humana del grito del animal.

De que se sigue que la vocal *a*, primera letra del alfabeto humano (pues que la *e* no es sino una *a* ligeramente debilitada) es la característica del timbre de la voz humana y suena por consiguiente en todos nuestros gritos, cual la materia actúa en todos los cuerpos; y así como la materia es el cuerpo primero y fundamental en que se han producido todos los demás cuerpos de la naturaleza, así también, la vocal *a* es el grito primero y fundamental en que se han producido todos los demás gritos humanos.

La consecuencia no puede ser más legítima; pero como la ciencia no ha proclamado aún la unidad originaria del grito, no obstante su mucha importancia nos permitiremos algunas reflexiones encaminadas á esclarecer este asunto de vital interés para el lingüista.

La vocal *a* nos dice éste, es la más fácil y sencilla de las letras del alfabeto. Luego debe ser también la primera que profiere el niño porque la naturaleza pasa siempre y constantemente de lo fácil y sencillo á lo difícil y complicado. Se profiere, añade el lingüista, con sólo abrir la boca y emitir el sonido, y como estos dos actos, la abertura de la boca y la emisión del sonido, añadimos nosotros, son ambos á dos igualmente necesarios para la prolación de todos nuestros gritos, y como sin ellos ningún grito humano puede proferirse, resulta que tampoco podrá proferirse sin la vocal *a*, producto de dichos actos, de modo que esta vocal *a* es la característica y la *conditio sine* que non de todos nuestros gritos y suena por consiguiente en todos ellos.

Si ahora fijamos nuestra atención en el complicado sistema de músculos que concurren á la prolación del grito comprenderemos que en la emisión de la vocal *a* no ponemos en juego otras energías ni movemos realmente otros músculos que aquellos que son pura y estrictamente necesarios para la prolación de todos nuestros gritos, razón por la cual pueden ser llamados los músculos fundamentales de la fonación.

La vocal *e*, dice el mismo lingüista, es una *a* debilitada y se profiere asimismo abriendo la boca y emitiendo el sonido con la sola diferencia de que esta abertura es menos amplia que en la prolación de la *a* en la cual se contiene por consiguiente y se produce la débil *e*.

La vocal *o*, continúa diciendo el mismo lingüista es á su vez una *a* modificada, condensada, redondeada, alta y sostenida en el paladar. Se profiere asimismo abriendo la boca y emitiendo el sonido, esto es, haciendo sonar á la *a*; mas además de ejecutar estos dos actos, preliminar obligado de todos nuestros gritos, nos vemos obligados para su prolación á contraer nuestros labios y á redondear la cavidad de nuestra boca; de modo que en la prolación de esta vocal movemos de hecho y realmente los músculos de la serie *a*, *e* más los de la serie *o*. Luego la *a* suena en la *o*, se contiene en *o* y precede á la *o*, porque el trabajo fisiológico que requiere la prolación de este grito, es más difícil y complicado que el que requieren la prolación de la *a*, y de la *e*.

La vocal *u*, dice también el lingüista, es una *a* modificada, enrarecida y ahuecada. Se profiere también abriendo la boca y emitiendo el

sonido, esto es, profiriendo la *a*; mas además de ejecutar estos dos actos, preliminar obligado de todos nuestros gritos, nos vemos precisados para su prolación; 1.º á contraer nuestros labios y proyectarlos ligeramente hacia adelante y 2.º á redondear y. ahuecar nuestra boca, inflando al efecto nuestros labios, de modo que en la prolación de esta letra nos vemos precisados á mover los músculos de las series *a*, *e* y *o* más los de la serie *u*.

Luego las vocales *a*, *e* y *o* suenan en *u* y preceden á la *u* porque el trabajo fisiológico que requiere la prolación de la *u*, es más difícil y complicado que el que requiere la prolación de la (*a*, *e*) y *o*.

La vocal *i* es también una *a* modificada, atenuada, adelgazada, sùtil, aguda y penetrante. Se profiere también abriendo la boca y emitiendo el sonido, mas, además de ejecutar estos dos actos preliminares, nos vemos precisados para su emisión; 1.º á contraer nuestros labios hasta cerrar casi herméticamente la cavidad de nuestra boca; 2.º á proyectarlos ligeramente hacia adelante; 3.º á levantar el torso y base de la lengua y aproximarlos al paladar para estrechar así la cavidad de la boca y estrechar también la abertura de la garganta, hasta cerrarla casi completamente, de modo que en la prolación de esta letra nos vemos precisados á poner en juego los músculos de las series (*a*, *e*), *o*, *u* más los de la serie *i*.

Luego las vocales (*a*, *e*), *o*, *u* se contienen en *i* y preceden á la *i*, porque el trabajo fisiológico que requiere la emisión de la *i* es más difícil y complicado que el que requiere la prolación de las cuatro anteriores.

Síguese de aquí que el orden en que se suceden los primeros gritos interjectivos, las cinco vocales madres *a*, *e*, *o*, *u*, *i* es el mismo que liemos seguido en su sucinta relación. Mas este orden no ha podido ser sorprendido por el lingüista no obstante los muchos alfabetos que aparecen en sus tratadas adornados con el pomposo título de fisiológicos, cuando en realidad nada tienen de tales y á este número pertenece seguramente el de don Julio Cejador.

Síguese también de lo expuesto que la primera letra del alfabeto, la vocal *a* es la vivificadora de las demás vocales; y como estas últimas son á su vez las vivificadoras de las consonantes en el mero hecho de que ninguna de éstas puede proferirse sino acompañadas de una vocal, tendremos que la *a*, primera letra del alfabeto, es la vivificadora de todas las demás, esto es, de todos nuestros gritos, lo que prueba una vez más la unidad originaria del grito humano.

Si pues tenemos en cuenta, 1.º que la sensación no es ni puede ser sin la interjección, su complemento obligado, y 2.º que cada sensación tiene su interjección propia y característica, diferente de las demás habremos de convenir en que la unidad originaria del grito humano responde á la unidad originaria de la sensación

Y en efecto, la psicología nos enseña que la sensación primera de la vida del nuevo ser no ha sido ni ha podido ser vivificada en ninguno de nuestros cinco sentidos especiales, sino en el sensorio, que es el sentido madre y fundamental en que se han vivificado los sentidos especiales, el primero que entra en ejercicio, aquel á quien van á parar las impresiones que reciben todos nuestros órganos, y últimamente la característica que separa nuestra vida sensitiva y nuestra vida vegetativa.

VICENTE AGUIRRE.

(Se concluirá.)



Psicología infantil y fonética

ó sea la psicología del alfabeto humano



Sus consonancias con el alfabeto de la naturaleza
Primeras sensaciones del niño

(CONCLUSIÓN)

La razón es clara; 1.º porque el recién nacido en el momento de salir á la luz no sabe palpar, ni sabe ver, ni oír, ni oler ni gustar ni conoce en fin, ni distingue ninguno de sus cinco sentidos especiales, los cuales son en él como sino estuvieran; y 2.º porque la sensación supone cierto conocimiento por obscuro que sea del sentido en que se ha vivificado, y de este conocimiento carece el niño con relación á sus sentidos especiales puesto que éstos son en él como si no existieran.

Del mismo modo el órgano impresionado no fué ni pudo ser un órgano particular dado y determinado sino el cuerpo mismo del niño y mejor aún la materia organizada de que éste se compone, y que es el órgano primero y fundamental en que se han producido todos los demás. La razón es la misma; 1.º porque el niño no conoce ni distingue ninguno de sus órganos particulares los cuales son en él como si no estuvieran y 2.º que la sensación supone cierto conocimiento del órgano impresionado y de este conocimiento carece el niño con relación á sus órganos particulares porque estos son en él como si no existieran.

El agente exterior que determinó su producción no fué tampoco ni pudo ser ningún objeto particular dado y determinado sino el mundo exterior, y mejor aún, la materia de que se compone pues que la materia es el cuerpo primero y fundamental en que se producen todos los demás. La razón es la misma; 1.º porque el niño no conoce ni distingue ninguno de aquellos objetos particulares, los cuales son para él como si no existieran; y 2.º porque la sensación supone cierto conocimiento, por obscuro que sea, del agente exterior que determinó su producción y de este conocimiento carece el niño con relación á los objetos particulares los cuales son efecto para él como si no existieran.

Y es que bajo el punto de vista que ahora le examinamos, el niño es semejante á uno de aquellos animales inferiores en los que el más hábil naturalista no puede hallar ni aún los vestigios de la existencia de ninguno de los Órganos ni de ninguno de los sentidos.

Y así debía ser pues que el niño en su desarrollo recorre toda la escala zoológica; de otro modo el hombre no podría resumir el universo.

Pues bien, así como este animal desprovisto de todo órgano y de todo sentido se halla, sin embargo, dotado de sensorio y siente la vida, esto es, siente la presencia y compenetración de la materia exterior en su propia materia; así también el recién nacido para quien sus órganos y sentidos son en él como si no existieran está también dotado de sensorio y siente la vida, esto es, siente la presencia y la compenetración de la materia exterior en su propia materia.

Y como sin la vida y sin la materia ninguna sensación es ni puede ser, he aquí, que tampoco podrá ser sin la sensación primera de la vida, que es por consiguiente, la generadora de todas las demás y su conditio sine qua non. Por donde se vé una vez más que la unidad originaria del grito responde en efecto á la unidad originaria de la sensación.

Síguese de lo expuesto, que en oposición á ciertos prejuicios muy arraigados en la ciencia, que el nacimiento señala y marca el tránsito de nuestra vida vegetativa á nuestra vida sensitiva como en el planeta que habitamos la aparición del animal señala y marca su tránsito de su vida vegetativa á su vida sensitiva, y así como en el animal este tránsito se anuncia por la aparición y la entrada en escena del sensorio encargado de informarle de la vida y de la materia en que la vida encarna; así también en el niño este tránsito se anuncia por la aparición y la entrada en escena del sensorio encargado de informarle de la vida y de la materia en que la vida encarna; mientras que los sentidos especiales

dormidos aún son los encargados de informarle más tarde de los modos de ser y de las diversas modificaciones que revisten la vida y la materia en que la vida encarna, en todos y cada uno de nuestros órganos y de nuestros sentidos y en todos y cada uno de los cuerpos de la naturaleza.

Y cuanto decimos de la materia es aplicable al sonido.

En efecto: el niño sintió la impresión del sonido a que penetró en su pecho con la primera inspiración, mas este sonido no pudo ser emanado de ningún objeto particular dado y determinado porque estos objetos son para el niño como si no existieran, sino que llegó á él emanado del inundo exterior y mejor dicho de la materia universal que es sin poderlo negar el sonido primero y fundamental en que se producen todos los demás sonidos de la naturaleza, esto es, del armonium universo.

Del mismo modo sintió el niño la impresión del sonido a que se produjo en su primera espiración, mas esta impresión no fué ni pudo ser transmitida á su alma por el órgano del oído, ni por el nervio, acústico porque este órgano y este nervio son en él como si no existiera, sino que le fué transmitido al través de la materia organizada de su cuerpo y esta materia es sin poderlo negar el sonido primero y fundamental en que se producen todos los demás del armonium humano.

Y es que el niño siente la impresión del sonido como siente la impresión de la luz, esto es, en cuanto el sonido y la luz son materia y como lo siente el animal desprovisto de todo órgano y de todo sentido.

Dilucidado este punto y comprobada la unidad del grito humano, de la sensación y de la materia continuaremos nuestras investigaciones.

VICENTE AGUIRRE.

